

El obstáculo

Pronóstico del médico era: Moríase Pedro á chorros. Luisa, su esposa, recibió la noticia con pasmosa serenidad. Conocían de sobra parientes y amigos su presencia de ánimo y el temple de su alma, y por eso nadie extrañaba que no lloriqueara y perdiera la cabeza en aquellos fatales instantes de conturbación.

Como jubileo parecía el entrar y salir de vecinos en la planta baja. Unos preguntaban sólo por el estado del enfermo y volvíanse en seguida; tomaban otros asiento y echaban su parrafito. Mentábanse toda clase de enfermedades, con el consiguiente himno de alabanzas sobre las propiedades milagrosas del remedio por ellos ensalzado.

En la habitación donde el enfermo luchaba con la agonía de la muerte, hallábase su esposa y unos cuantos allegados del mismo. Imponía el silencio, interrumpido únicamente por la fatigosa respiración del moribundo y por los cuchicheos de los presentes. Alguna que otra vez, oíase el cauteloso taconeo ó el escandaloso rechinar de silla cambiada de sitio. La lamparilla iluminando vagamente el dormitorio, dábale visos de fantástico.

Durante la enfermedad, no tuvo Luisa descanso ni ocasión de separarse del lado de su marido. Al echarla éste de menos, como si le robaran el último aliento de su vida. Únicamente de sus manos deseaba la pócima, y por ella ser atendido. Solicita, amable, afanábanse cumpliendo sus indicaciones más insignificantes. Con verdad, no podía Pedro haber dado con mejor enfermera.

Calmóse el doliente, y como durara el sosiego, creyeron todos si andaría descaminado el facultativo en su fatal vaticinio, y procuraron convencer á Luisa para que se recogiese.

Rendida por el cansancio, y tanto la rogaron, que no supo resistirse como otras ocasiones. Una vez en su estancia y cerradas las maderas de la ventana, allí, en el diván, púsose á soñar, ó mejor dicho, hizo memoria.

Llorara si su voluntad no contuviera el rescoldo de su cariño propenso siempre á avivarse. Sonreíale su pasada infancia como alegría de primavera; pero su juventud al venirle á las mientes, le causaba pena indecible. Tomábalo lo primero como sol de esperanza iluminando con luz risueña el hermoso camino de la vida; y lo último, igual que floreciente campiña arrasada por furiosa tempestad. Mimada de sus padres en su niñez, con todas las comodidades de un saneado

patrimonio, al entrar en la edad juvenil, al ser mujer, fué á rodar la fortuna de sus mayores, quedando entregada á las angustias de un negro porvenir. Pero, en cambio, se había hecho ella con un caudal de belleza. En realidad de verdad, una real moza, sabiendo á mieles.

Al verla Pedro, quedóse ni embobado. Pero ella no daba oídos á sus pretensiones amorosas; su querer era para el amigo de su infancia, para Pepe. Tenía el amor atadas sus almas con lazos indestructibles.

No plugo á los padres de ella el amorio. Primeramente con la altivez del orgullo, enardecido por su posición, no querían consentir en que su hija única se casara con Pepe, buen muchacho, de muchas ilusiones, pero escaso en bienes de fortuna. Después, cuando las negruras de la ruina con su aspecto glacial se posesionaba de aquel lugar, el egoísmo paterno también se opuso: era cuestión de esperar un enlace ventajoso. Así quizá volvieran ellos y su hija á la pasada opulencia.

Negábase Luisa á tal sacrificio. Amar á otro hombre, ni por pienso. Era su vida Pepe, su alma.

Pero un día, llamóla el padre á su despacho, y tranquilo, resignado, no obstante, firme y sin vacilaciones la expuso por última vez su resolución inquebrantable.

—Oye, Luisa—la dijo finalmente.—Pedro ha pedido tu mano. Que no le amas, bien me lo sé; no importa. Nunca te he pedido nada, ni mucho menos sacrificio alguno. Yo, tu madre...

Luisa se echó á llorar.

El viejo la atrajo hacia á sí, la besó, y cariñosamente, pero á través de lo cual se notaba la varonil entereza de aquel hombre, continuó:

—Tu madre y yo te pedimos sólo una cosa: que te cases con Pedro...

Los sollozos ahogaban á Luisa.

—Vamos, tontina—siguió diciendo el viejo—no llores así que te afea Hija mía—añadió después levantándose—ahora haz lo que mejor te plazca.

—Padre, pídemelo cuanto quieras, un imposible, y haré cuanto me indiques; pero no eso.

Sin replicar, sacó el anciano de un cajón de la mesa-escritorio un revólver, y con el propósito de marcharse. Comprendió Luisa su intento, y cerrándole el paso, y abrazándose al mismo, le dijo:

—¿Qué vas á hacer?

—Solucionar el asunto. Pedro vendrá hoy